

Alicia Salomone, Lorena Amaro y Ángela Pérez (eds.). *Caminos y desvíos: lecturas críticas sobre género y escritura en América Latina*, Santiago: Cuarto Propio, 2010. 264 pp.

El objetivo de *Caminos y desvíos*, según sus editoras, es “reflexionar crítica y creativamente en torno a la relación entre género y escritura en el siglo XX latinoamericano” (9). Con ese horizonte común es que se encuentran reunidos un total de trece ensayos, agrupados en cinco secciones temáticas: “Subordinaciones/Insuordinaciones”; “Abuelas, madres, hijas”; “Políticas del nombre”; “Género e imaginarios urbanos”; “Escenarios de la mujer en Chile”. El espacio abarcado no es poco, tanto conceptual como temporal y geográficamente; los artículos remiten a Guatemala, la dictadura y post-dictadura de Chile y Argentina, el escenario intelectual del Chile de los años cuarenta, y la posibilidad de re-construcción de la historia del movimiento LGBT local, solo por nombrar algunos puntos de anclaje de la reflexión que presentan las autoras. Intentar cubrir todo este espacio no puede dejar de significar riesgos, pero es del todo rescatable y necesario que exista el deseo de no caer en la tentación monografista de la tradición local, poniéndose las anteojeras de un presentismo nacional que no busca aquello que hay de común y de diferente con el espacio latinoamericano, sino que prefiere mirar para otra parte cuando el horizonte continental interpela procesos escriturales usualmente considerados como exclusivos de Chile, o de un género literario, o de una autora. De ahí que me parezca un acierto la segunda palabra de título: desvíos. De una manera u otra, los artículos apuntan a desviar la mirada de las lecturas dogmatistas, que encierran al texto dentro de sí mismo y no lo hacen entrar en diálogo con la multiplicidad de mundos que se encuentran dentro y fuera de él.

La elección de un horizonte común de encuadre de los ensayos del libro no quiere decir, sin embargo, que los textos (tanto los del corpus analizado como los que constituyen los artículos de crítica) establezcan entre sí relaciones de equivalencia u homología. En efecto, si seguimos la misma premisa que explicitan las editoras en la presentación, se trata de “una mirada que prioriza la heterogeneidad por sobre los monologismos, se proyecta en este texto una idea de la escritura como espacio inclusivo, en el que se integran diversas prácticas y géneros del discurso” (9). El libro da cuenta de este imperativo (el subrayar lo heterogéneo), toda vez que los ensayos no buscan imponer entre sí sus claves de lectura, ni intentan, tampoco, colocarse a sí mismos en un único lugar de enunciación, un único espacio para establecer la lectura correcta y válida.

Es posible sostener que es precisamente la categoría de ‘género’ la que impide clausurar el trabajo interpretativo de las autoras en función de un paradigma excluyente. Por el contrario, el género aparece de maneras que pueden considerarse en tensión mutua, sin que ello anule el marco general que encuadra al libro. Incluso ensayos que recurren a un mismo ‘enfoque’, divergen en torno a las relaciones que establecen entre teoría y corpus. Ainhoa Vásquez y Javiera Figueroa, por ejemplo, hacen comparecer al psicoanálisis para trabajar de manera diferencial las textualidades que las ocupan. Si para la primera las relaciones entre madre e hija serán de vital importancia (al igual que conceptos jungianos como *temenos*), para la segunda el problema de la memoria y el rol que juega la eliminación del padre del orden simbólico (refiriendo a los trabajos de Jacques Lacan) se volverán temas cruciales.

Sería posible hacer un contrapunteo múltiple para trazar las maneras en las que *Caminos y desvíos* convoca a diversas maneras de aproximarse a la escritura latinoamericana del siglo XX (o, para ser más preciso, de un siglo XX largo). Y posiblemente podría objetarse que, tras dicho contrapunteo hipotético, poco y nada quedaría del proyecto del libro. Decir que, en definitiva, es tal la mezcolanza que no hay nada que una a los artículos sino una rúbrica, una categoría, una ‘palabra clave’, que permita indexar y catalogar más rápidamente el producto de una reflexión de a varias (ya no una reflexión colectiva). Por muy plausible que pudiera parecer esa alternativa, es necesario cuestionarla y no ceder a tal línea de argumentación. Porque cuando se habla de género (o de cultura o de escritura), nunca se dice algo unívoco. Nelly Richard ha hablado de las palabras género y feminismo como palabras con múltiples pliegues, sobre los cuales se deposita una carga de historicidad que hace imposible generalizar de manera abstracta un significado único de dichos términos. Decir “género y escritura”, decir “lectura”, decir “crítica”, decir “América Latina”, es siempre decir mucho más que los dos o tres significados que espontáneamente podemos asignar a esos nombres.

Lo cierto es que una propiedad de un texto es el poder alojar dentro de sí perspectivas teóricas y apuestas interpretativas que no siempre coinciden. Así, en el volumen conviven textos como el de Karem Pinto, que aborda la figura de la anciana selk’nam rescatada por Diana Bellesi en *Sur*, asignándole los valores de lo ancestral, portadora de una cosmovisión del “universo indio como elemento constitutivo esencial de la identidad latinoamericana” (126). La pluralidad de perspectivas queda verificada unas cuantas páginas más adelante en el ensayo de Gilda Luongo, quien hace comparecer el reciente libro de Víctor Hugo Robles, *Bandera Hueca*, como el dispositivo textual desde donde des-hacer y re-hacer la memoria de la diferencia sexual desplazada por los espacios políticos tradicionales, reivindicando las “acciones micropolíticas que intentan subvertir o al menos desestabilizar el estado normalizador del género y del sexo que impone la matriz heterosexual hegemónica” (137-138).

Los ejemplos anteriores grafican la medida en la que en *Caminos y desvíos* el género no es un contenido fijado apriorísticamente por un aparato de saber, que lo haría inteligible como categoría de análisis dentro de la formación discursiva mayor que constituye la crítica literaria. Más bien, al decir “género”, me da la impresión de que las editoras y las autoras apuntan a un lugar *desde donde* poder mirar los textos que componen el corpus de cada una de ellas. De ahí que no sea siempre necesario que los ensayos problematicen explícitamente el género como su objeto de crítica. Textos como los de Rubí Carreño aparecen más dedicados a una elaboración sobre la memoria y la significación que la escritura de mujeres (en registros impresos o sonoros) puede llegar a tener en una biografía individual o colectiva. Este “decir género” como la circunscripción de un lugar de enunciación, como el sitio desde donde mirar, permite precisamente a los textos tomar sus propios caminos y sus propios desvíos, evitando así el fundamentalismo teórico que parece caracterizar ciertas ramas del feminismo, la teoría crítica, y los estudios de género, mucho más preocupados de clausurar terrenos que de abrirlos a cruces que permitan pensar de manera distinta.

Ahora bien, que existan diferencias entre los textos no quiere decir que estas diferencias carezcan de fricción. Es posible detectar un grado de tensión entre los artículos del libro

que consideran necesaria la relación texto/contexto y aquellos que parecen prescindir de ella. Esto no implica que exista solo una modalidad de dicha relación, sino que, para ciertas posiciones de lectura, los vínculos entre texto y contexto son insoslayables. Los ensayos de Alicia Salomone, Lucía Guerra, Lorena Amaro, Natalia Cisterna, Magda Sepúlveda, Alida Mayne-Nicholls y Gilda Waldman grafican las diversas estrategias mediante las cuales es posible poner un texto en situación, comunicándolo con sus referentes, con los escenarios discursivos y extra-discursivos que funcionan como su condición de posibilidad. Por otra parte, en los artículos de Ainhoa Vásquez y Ángela Pérez esta relación texto/contexto se desdibuja. Esto no quiere decir que todas las modalidades de articulación del texto con su contexto sean equivalentes entre sí. En algunos casos, el establecimiento de antecedentes biográficos y sociohistóricos será suficiente para encuadrar el corpus, mientras que en otros (notablemente en los artículos de Lucía Guerra, Lorena Amaro y Natalia Cisterna) nunca será posible separar texto de contexto; la situación del enunciado se vuelve tan importante como la textualidad para poder leer las formas de construcción del género, del espacio, del nombre propio, y de la subjetividad moderna. Sin embargo, esto no quiere decir que aquellas apuestas interpretativas que hacen comparecer al contexto de manera más difusa (o que prescinden derechamente de él) estén ‘erradas’. Son simplemente desvíos que hacen diverger los horizontes de lectura, pero que en ningún caso impiden tráficos conceptuales de un lado a otro.

En definitiva, *Caminos y desvíos* logra conformar un episodio más en la siempre necesaria contribución de la crítica literaria al examen del género y la cultura en el espacio latinoamericano. La amplitud temática y teórica constituye un buen ‘estado de la cuestión’ de los estudios literarios, refiriendo bibliografía pertinente y emergente. Los trabajos dan cuenta de la medida en que el “decir género” se ha logrado hacer un espacio en el ámbito académico local, a la vez que señalan las posibles rutas de ampliación de un campo en constante cuestionamiento y construcción. Cómo responderá la crítica literaria a este desafío del “decir género” queda aún por ver, puesto que nunca es posible saber de antemano la manera en que una disciplina se hará cargo de un llamado a privilegiar la heterogeneidad de una categoría resbalosa y problemática como el género.

MATÍAS MARAMBIO DE LA FUENTE  
Universidad de Chile  
matias.marambiodlf@gmail.com